



**EN LA PRESENCIA
DE JESUS
DESAPARECEN
EL TEMOR
Y LA AMENAZA.**



Juan 6,16-21

**Los discípulos
embarcaron... Soplaban un
viento fuerte, y el lago se
iba encrespando... Jesús,
que se acercaba a la
barca, caminando sobre
el mar, les dijo: "Soy yo,
no temáis."**



No se nos dice si Jesús sube a la barca o no, sino que los discípulos llegan a destino y se impone la serenidad. Como en el caso de las pescas milagrosas, cuando no está Jesús con ellos, es inútil su esfuerzo y no tienen paz. Cuando se acerca Jesús, vuelve la calma y el trabajo resulta plenamente eficaz. La barca puede ser símbolo de nuestra vida o también de la comunidad eclesial.



Cuando se hace de noche en todos los sentidos, cuando arrecia el viento contrario y se encrespan los acontecimientos, cuando se nos junta todo en contra y perdemos los ánimos: cuando pasa esto y a Jesús no lo tenemos a bordo (porque estamos nosotros distraídos o porque Él nos esconde su presencia) no es extraño que perdamos la paz y el rumbo de la travesía.



Si a pesar de todo, supiéramos reconocer la cercanía del Señor en nuestra historia, sea pacífica o turbulenta, nos resultaría bastante más fácil recobrar la calma. Cada vez que celebramos la eucaristía, el Resucitado se nos hace presente en la comunidad reunida, se nos da como Palabra salvadora, y (lo que es el colmo de la cercanía y de la donación) Él mismo se nos da como alimento para nuestro camino.



Es verdad que su presencia es siempre misteriosa, inaferrable, como para los discípulos de entonces. Pero por la fe tenemos que saber oír la frase que tantas veces se repite con sus variaciones en la Biblia: "Soy yo, no temáis". Llegaríamos a la playa con tranquilidad, y de cada misa sacaríamos ánimos y convicción para el resto de la jornada, porque el Señor nos acompaña, aunque no le veamos con los ojos humanos.

**No hay situación,
por extrema que parezca
(incluida la muerte)...**



**de la que Dios
no pueda rescatarnos.**